

# EN PUNTO



CHUMY  
CAVUEZ

—Mira aquel imbécil.  
—¿Quién?  
—Es lo mismo. Cualquiera.

años, porque el niño entra en una primera fase de oposición al mundo que le rodea; a los tres, porque el niño comienza a tener miedo al agua, y a los cuatro, porque es cuando aparece la segunda fase de oposición, más fuerte que la primera, y en la cual el niño se aferra a la madre.

La segunda pregunta que se formulan las madres es: ¿Cómo enseñar a los niños a nadar? El ideal es la piscina. Para poder nadar unos 25 metros sin hacer pie son precisas de 15 a 20 lecciones antes de los ocho años y después de los diecisiete; de 8 a 10 lecciones de los once a catorce años. Las reglas no siempre valen. Hay niños que se arreglan muy bien con tres o cuatro lecciones. Lucette Berlioux necesitó treinta y una lecciones, lo cual no impidió que llegara a ser campeona de Francia.

El crawl y la mariposa están considerados por entrenadores, profesores y pediatras como los tipos más naturales porque permiten aprender a respirar bajo el agua. Ahora se está experimentando un método revolucionario en Francia. Un día, Jacques Vallet, profesor de natación, quedó impresionado por un film americano en el que se veía a los niños de meses con los ojos abiertos bajo el agua. En enero pasado, Vallet comenzó a sumergir niños

de ocho meses a cinco años en un metro y medio de agua. Los profesores advirtieron que los niños tenían el reflejo de cerrar la boca, mantener abiertos los ojos y subirla hacia la superficie gracias al movimiento de las piernas. Al cabo de cinco sesiones comenzaban a mover los brazos y al terminar el curso (una sesión semanal durante cuatro meses) conseguían avanzar en el agua practicando un tipo de natación parecido «a lo perro».

Vallet cree que este método tendrá un gran porvenir, ya que los métodos clásicos sólo enseñan a avanzar, mientras que con éste se aprende a respirar en el agua.

Respecto a las contraindicaciones hay que advertir el peligro del agua helada cuando el ambiente es muy cálido. Por lo demás, no hay ya que tener precaución más que con los niños que padecen reumatismos, tienen los oídos delicados y los ojos muy sensibles.

Las ventajas de la natación son innumerables. Aparte del desarrollo de la caja torácica, músculos, corazón... puede llegar a curar ciertas incapacidades. Se han dado casos de poliomielíticos que han llegado a ser excelentes nadadores, o de niños que habiéndose roto un brazo o una pierna consiguieron una habilidad de sus miembros. ■ A. M. V.

## CUADERNOS PRECIPITADOS

### Errores de método para treinta años de literatura

«Cuadernos para el diálogo» ha publicado un nuevo número monográfico: «30 Años de Literatura». En la nota editorial que abre la revista se advierte al lector que «hay que acercarse a ella (a la literatura), aceptando el riesgo de equivocarse en el diagnóstico, admitiendo la parcial insuficiencia de la óptica utilizada, sus posibles y casi seguras lagunas». Advertencia muy conveniente. No sé si

hay lagunas en esta colección de artículos —mejor dicho, si las hay, pero necesarias—. Si sé que la «óptica utilizada», es decir, la metodología de que se ha servido quien haya organizado el número, no es convincente, sino que aparece precipitada y poco rigurosa. Y queremos que quede bien claro, desde el principio, que esta crítica no coincide ni en un solo punto con la que se está llevando a cabo, de una



manera absurda, inmodesta y violenta, desde ciertas zonas conservadoras.

Correcta, sintética y justa la presentación, no se corresponde, sin embargo, con el planteamiento que le sigue. (Insistimos: nos referimos al planteamiento, no al contenido de cada trabajo, de muy diversa calidad, pero estimable en general, salvo en ciertos aspectos que ya señalaremos.)

Clotas, Fuster, Ferrín, Losada, Conte, Barral, Grande, Montero y Bozal son nombres bien conocidos, la mayor parte jóvenes (de ahí, seguro, la extrañeza padecida por algún «contestatario» de los más arriba aludidos, poco apto para aceptar la validez de nuevas corrientes, enfoques y modos de entender la literatura); jóvenes que cumplen su cometido desigualmente, pero que salen adelante mucho más airoso que cualquier «vieja gloria» de las que siguen haciendo novelas a la manera decimonónica.

Lo que no me parece correcto es plantear mecánicamente la problemática que se deriva de treinta años de quehacer literario a la vista de sus resultados. No es, en efecto, justo estudiar por un lado la literatura castellana, por otro la del exilio, por un tercero la catalana, después la gallega, para desembocar en unas reflexiones sobre «las aventuras del estilo», y dedicar luego, con la firma

de Félix Grande, una amplísima, personalísima y pintoresquísima visión de la poesía de estos años (me interesa subrayar con fuerza lo de personalísima). Llevar a cabo un análisis de la función de los premios —bien hecho por lo demás— desgajado del resto de la problemática planteada es pecado del que no puede responsabilizarse al autor, Isaac Montero, que cumple su tarea con la debida seriedad. Bozal, por su parte, realiza un buen estudio de la edición española a lo largo de seis lustros sobre estadísticas incuestionables. Las insuficiencias de su trabajo no son achacables a él. Por formular un ejemplo concreto: habría que analizar las inferencias que las obras «impuestas» en los primeros años cuarenta a sus lectores por Caralt, Lara y otros han tenido en el inmovilismo estilístico de los años posteriores y por qué se produjo la reacción formal de los sesenta. Bozal también cumple su trabajo bien: no lo cumple quien ha planteado, al margen de toda dialéctica, treinta años de literatura nada menos. De una metodología así —hablo del contexto del número— sólo puede surgir ante el lector el puro caos.

Párrafo aparte merece la «encuesta». Todas las respuestas se presuponen y no indican nada. Es una encuesta banal, como lo demuestran las coincidencias. Para este viaje no hacía falta alforjas. La mejor respuesta, para mí, es la de Luis Goytisolo, que, aparte del sarcasmo que encierra, destruye de un plumazo el trabajo entero.

Lástima: una oportunidad perdida. Una vez más —y van tres, pero puede haber lectores que extraigan consecuencias según les convenga— reitero que esta crítica (salvados los puntos explícitamente señalados) no pone en tela de juicio la calidad de cada colaboración, sino el método seguido por los responsables del planteamiento del número. Que no se confunda, pues, con las muchas que han venido apareciendo en la prensa diaria.

«Cuadernos para el diálogo» ha puesto en circulación excelentes números monográficos que han contribuido sobremanera a clarificar las regiones más problemáticas de nuestra realidad. ¿A qué se debe este número tan precipitado y desconcertante? No lo comprendemos. ■ E. G. R.